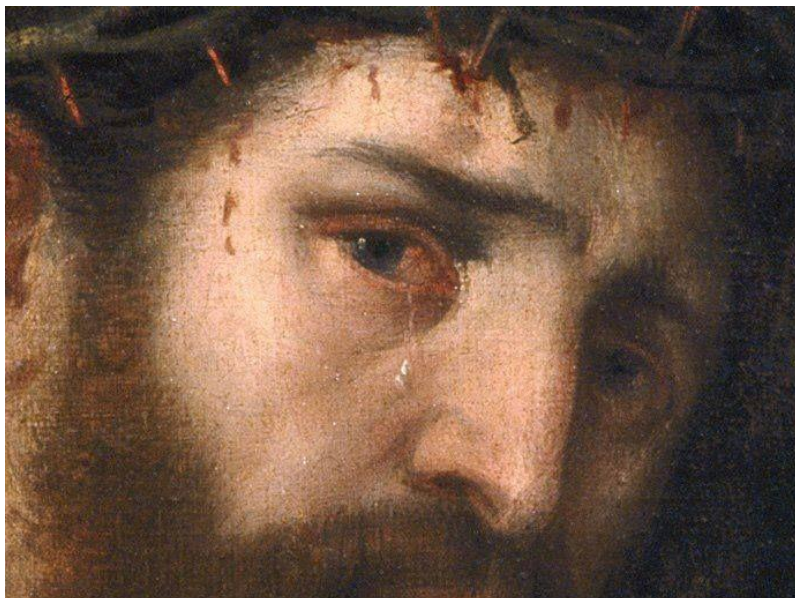


Marzo 13, 2020

Querida Familia:

Que esta Cuaresma, que de muchas formas el Señor nos permite universalmente vivir de cerca aspectos de su Pasión, no sea desperdiciada por ninguno de nosotros.



Como Madre espiritual de esta Familia, me siento llamada a escribirles unas cuantas palabras de mi corazón sobre este momento sin precedente, por lo menos para nuestra historia moderna y más para el mundo contemporáneo: la pandemia del coronavirus. Verdaderamente, el Señor, como dice Isaías, prepara a sus siervos para todos los eventos, aunque quizás en esos momentos no sabemos o no podemos distinguir dicha preparación.

Lo primero que quisiera pedirles es que respondamos en este momento de crisis universal con tres disposiciones: **con sabiduría,**

con prudencia y con una intensa reflexión.

El Señor nos ha hablado en el último mes en las lecturas de la Santa Misa, repetidamente, de la sabiduría, ese don indispensable, uno de los mayores dones que nos da el Espíritu Santo, porque es la gracia de poder ver cada cosa con los ojos de Dios. Es luz que se recibe de lo alto, una participación especial en ese conocimiento misterioso y sumo, que es propio de Dios. Es la capacidad de participar en los misteriosos caminos de Dios, que siempre son perfectos, para lograr un bien mayor. Es la mirada aguda para leer la realidad no solo a nivel humano y terreno, sino elevándose a leerla desde la mirada de la fe y la mirada de Dios. O sea, la sabiduría nos da la capacidad de entender con mayor agudeza, la presencia de Dios en medio de las dificultades, su obrar, su sentir e intuir su propósito, para que cooperemos en que se realicen. Es tener la mirada elevada para ver las cosas como las mira Dios. Todo esto nos ayuda a ver un plan de amor, quizás escondido para nosotros, pero activamente real en el actuar de Dios. Por lo tanto, la sabiduría es una ciencia, porque va ordenando nuestra lógica, nuestro pensar y nuestra manera de vivir en todo. La sabiduría nos desarrolla la ciencia divina y la ciencia del amor que todo lo penetra y que, al final, es lo que de alguna forma misteriosa, siempre triunfa.

¿Por qué les hablo de sabiduría con relación a la pandemia del coronavirus? Porque no podemos vivir este momento tan singular y difícil en la vida del mundo sin la sabiduría divina o nos hundiremos en el sentimiento globalizado que lo acompaña: el miedo. Debemos saber escudriñar no solo lo que dicen las noticias, sino detenernos a tener una sintonía profunda con el Corazón de Dios y escuchar qué nos quiere decir Él en esta situación universal que ha cambiado al mundo en cosa de semanas. Muchos nos dan noticias del virus, pero ¿quién nos da noticias de lo que Dios quiere hablarle al mundo a través de este momento de gran vulnerabilidad y de darnos cuenta que las prioridades de las vidas de muchos han estado puestas en las cosas erradas? Sí, nos amenaza algo real, un virus contagioso que se ha esparcido por tantos países. No podemos nunca negar ni minimizar su gravedad, eso sería ser como los avestruces. Pero tampoco podemos negar que Dios es el Señor de

la historia y que si nos está permitiendo vivir esta situación de tanta incertidumbre y de tantas limitaciones para protegernos, ¿qué tiene Él que decirnos? ¿Quién se detiene a pensar que hay una voz que grita en medio de todos los medios de comunicación y que casi nadie quiere escuchar? Y esa voz es la única que puede traer paz en la tormenta, propósito y sentido a este momento, y dirección clara para sobrellevarlo. ¡Esa voz es la de Dios!

Por el don de sabiduría podemos deducir que el mundo está atemorizado porque se enfrenta quizás por primera vez y en largo tiempo a la vulnerabilidad, a la impotencia, a la falta de control. Y Dios necesita hablarnos de esto a través de este virus, que no es obra suya; siempre será de alguna forma originado por el desorden humano, pero el Señor en su Misericordia quiere traer un bien mayor para nosotros a través de este momento de tribulación. Me pregunto si nos detenemos a pensar en los virus que no solo amenazan el cuerpo e incluso pueden matarlo, sino en los virus, también universales, que matan el alma. Sin minimizar el impacto negativo del coronavirus, no puedo dejar de pensar que a diario vemos por todos lados como se esparcen tantas enfermedades de pecado moral, inmoralidad sin límites, impureza, violencia, idolatrías, de destrucción del ser humano, de mentalidades relativistas que llevan a muchos a vivir sin brújula en el camino de la vida. Para mí, ver esa manifestación de mujeres “pro-choice” enfrente de la Catedral de México, gritando y actuando obscenidades y haciendo tantos gestos sacrílegos y vulgares, blasfemando para mostrar su punto de vista, ¿no es acaso una grave enfermedad? Ver por tantos países del mundo como entran a destruir Iglesias y romper tabernáculos, pisoteando hostias consagradas y a veces tirándolas a la basura, ¿no es acaso una grave enfermedad? Cuántos jóvenes y no tan jóvenes están recurriendo al suicidio como el camino para salir de situaciones difíciles y dolorosas, y aunque esa pérdida la sufren muchos, ¿qué estamos haciendo todos para formar caracteres fuertes, para apoyar y formar familias sólidas, que le den un verdadero sentido de refugio y apoyo a esos jóvenes? ¿No es acaso una grave enfermedad? ¡Cuánto desorden en todas las áreas de la vida humana! El mismo ser humano, ¿entiende su valor, su identidad, su mayor dignidad? ¿O se ha convertido en producto de la última idea que imponen los que tienen más poder o quieren cambiar la sociedad humana? ¿No es acaso esto una grave enfermedad? Cuanta violencia y opresión en naciones enteras, donde mueren tanto o se les obliga a huir sin pensar en los riesgos que conlleva o los campos de refugiados donde terminarían viviendo. ¿No es acaso esto una grave enfermedad? No vemos tantas confusiones, valores invertidos, prioridades desordenadas, estilos de vida contrarios a la ley de la naturaleza y a la moral cristiana. Cuanto desdén hacia los diez mandamientos. ¿No es acaso esto una grave enfermedad? Porque todo esto, se convierte en una enfermedad nociva que va corrompiendo al mundo, a la sociedad, a las familias y a las personas.

Dios lo ve todo y nosotros lo veremos cuidarnos y guiarnos para salir del coronavirus, en su forma y tiempo. Es un Padre providente. Pero, me pregunto si nos da tanto temor el caos que vive el mundo no por el virus, sino por tantos que se han alejado de Dios e, incluso, lo han rechazado de sus vidas y de la vida de la sociedad. Recuerden que como nos dijo San Juan Pablo II: *“Un mundo sin Dios termina siendo un mundo en contra de la persona humana”*. No, hermanos, quitar a Dios de la sociedad es traer más desorden a esa sociedad, a ese mundo, el mundo donde nosotros vivimos. Muchos hacen chistes de Dios... Muchos, con gran o menos prepotencia, se creen dueños de sus vidas. Pero viene un virus que no sabemos cómo detener y solo podemos



pensar que este dolor tiene que cambiarnos el corazón, tiene que enseñarnos que no somos dueños de nuestras vidas ni autosuficientes. ¡Qué tontería más grande creer esto! Dependemos de Alguien infinitamente más grande que nosotros y que ese Alguien es amor, y por tanto, si le pedimos Misericordia, la concederá.

La sabiduría es tener la lógica del cielo para leer qué signo nos presenta este virus, y este signo, lo que significa para nuestra conversión.

Prudencia. Es tiempo de ejercer prácticamente la Virtud cardinal de la prudencia, que consiste en discernir y distinguir lo que está bien, lo que es apropiado hacer o no hacer en ciertos momentos y situaciones, o lo que está mal o inadecuado de hacer, ambas con sus propias consecuencias. Es por ello que en este momento es muy importante que tengamos una sobria y serena obediencia a todo lo que las Agencias Nacionales o Mundiales de Salud nos están indicando para protegernos de algún contagio. Al igual que la obediencia a las instrucciones que los obispos de las Diócesis en las que estamos den como cautela para evitar también el contagio. Además, como les he dicho, seamos responsables por nosotros mismos, nuestros familiares y las personas que puedan entrar en contacto con nosotros. Mantener el sistema inmunológico fuerte, lavarse las manos seguidamente y tal como nos han indicado, tener el gel anti gérmenes, alimentarse con comida saludable y que suban los anticuerpos, no saludarse de beso, no darse las manos, evitar grandes reuniones de miles de personas, etc. Creo que no tengo que darles las indicaciones que tantos medios de salud nos han proporcionado, pero sí tengo que decirles que es un deber cristiano y cívico ser responsables en seguir estas instrucciones, aunque para algunos les parezca exagerado que cierren vuelos, países o zonas. Esperemos en oración y roguemos que pronto cese este virus y que los científicos encuentren la vacuna apropiada. Recemos por los hermanos afectados, los que han fallecido, los que están en zonas cerradas sin poder salir o sin tener la Eucaristía. Que el Señor les colme de paz, paciencia y protección.

La prudencia nos hará ver con claridad qué hacer prácticamente para protegernos lo más posible, lo humanamente posible. El resto está en manos de Nuestro Señor.

La profunda reflexión: querida Familia, estamos en Cuaresma, y no creo que sea casualidad que este virus haya explotado a nivel mundial durante la Cuaresma. En este Santo Tiempo es tiempo de oración, penitencia, ayuno, moderación y mortificación, y de ayudar a los necesitados. Todo con el propósito de la conversión. Pareciera que en esta Cuaresma el Señor desearía recordarle al mundo la sacralidad de este tiempo. Muchos están en sus casas sin poder salir; aprovechen a orar más, a leer las Sagradas Escrituras, a leer un buen libro espiritual. A pasar más tiempo como familia, a dejar los teléfonos y la televisión por un rato y a comunicarse de corazón entre los miembros de la familia. Pareciera que el Señor nos ha querido enseñar que en la Cuaresma debemos contemplar su pasión no desde afuera, sino dejándola tocar nuestras vidas: estamos azotados por un virus que no hace distinción de personas; estamos sin la movilidad a la que hemos estado acostumbrados, a viajar donde sea y cuando sea. Pareciera que experimentamos la inmovilidad de los clavos de Cristo; estamos sin escape humano de esta amenaza y pareciera que la corona de espinas nos pincha sin poder escapar. Muchos son prisioneros en sus propias ciudades o casas, como lo fue Jesús el Jueves Santo en la casa de Caifás. El mundo entero parece sentirse angustiado como los apóstoles el Jueves Santo... El Señor nos daba la Eucaristía y, sin embargo, pasarían días antes de que la pudieran celebrar. ¿Saben lo que significa para muchos no recibir la Eucaristía en tiempos de tribulación? La Eucaristía es la vida del mundo y nuestra vida. *Hermanos, mientras podamos, vayamos a Misa a diario, vamos a adorar a Cristo Eucarístico, recemos*



la Corona de poder, que es el Santo Rosario. Recemos la Coronilla de la Misericordia, que tantas promesas contra tempestades y desastres se le concedió como arma de la Divina Misericordia.

Creo que debemos reflexionar seriamente sobre nuestras vidas. Hemos visto la vulnerabilidad, la creemos porque la vemos, pero en realidad siempre somos vulnerables, y ¿qué tan seriamente tomamos nuestra conversión? El Señor, hace un mes y medio, en nuestra reunión mensual nos recordó una gracia inicial de nuestra fundación. Cuando en un momento intento de oración con unos hermanos serios y probados en su virtud y en sus dones, me regaló una imagen en mi interior que marcó mi vida, la de su Corazón con la llaga totalmente abierta a la cual yo avancé sola y al llegar y entrar en la llaga, me pidió voltearme y llamar a muchos... sin saber todo lo que significaba empezaron a caminar mujeres jóvenes vestidas iguales, luego seculares, familias, jóvenes, niños, y luego varones, todos con un mismo vestuario. Esta experiencia espiritual de hace 20 años, se nos hizo muy actual ese primer sábado, cuando en oración toda la familia, realizando y actualizando esa gracia de 1984.



Fue un momento poderoso espiritualmente. La lectura que precedió la visión ese día fue la del Arca de Noé y como el Señor quiso que, ante los graves pecados del mundo, Noé y su familia, y los que le hicieron caso, que fueron muy pocos, entraran en el arca para salvarse del diluvio. Hoy me pregunto si ese acto que el Señor nos llamó a hacer, junto con el poder espiritual de vivir dentro de su Corazón, significaba algo más, quizás una protección especial a nuestra Familia ante los diluvios de nuestro tiempo. Fue tan fuerte en mi corazón y con un sentido de urgencia que no entendía, que incluso introduje a los que no habían venido a la reunión y en silencio fui introduciendo a muchos....

El viernes pasado el Señor nos habló que usemos las armas espirituales que Él nos ha dado y las que nos ha dado a través de su Madre: la oración, el rosario, el ayuno, la confesión, la penitencia, la Consagración. *El día del Centenario de Jacinta muchísimos nos consagramos a los Dos Corazones, rezamos el rosario mundial y meditamos en la vida penitencial de esta pequeña niña. No se han puesto a pensar que quizás el ayuno en esta Cuaresma ha tomado una forma diferente...No hay muchas cosas en las tiendas, no hay suficiente de lo que siempre conseguimos, estamos limitados en el entretenimiento. Incluso, y lo digo con dolor, estamos limitados en eventos religiosos. Hoy el mundo vive una nueva realidad para la mayoría. Hoy entendemos lo que sufren otros hermanos en guerra, en exilio, en campos de refugiados, etc....*

¿Qué nos quiere decir el Señor? Por los menos, quiero decirles como Madre que no desperdiciemos este momento a dedicar todo nuestro ser al coronavirus; dedíquelo a Dios, a la oración, al ayuno, al sacrificio y a la intercesión. A ayudar a quien no tiene cómo comprar lo necesario para protegerse. ¡Es tiempo de volverse a Dios! Ojalá muchos se tornaran a Él y hubiera una conversión universal, un despertar universal, al menos. Todo sufrimiento trae una fuente de gracia, amor y santidad. Dejemos que el Señor abra esas fuentes, y mientras nos mantenemos informados responsablemente, no hagamos de este virus nuestro Dios y nuestro único pensamiento. Démosle al Señor su lugar en nuestras vidas y tornemos nuestro ser a la oración, a la reflexión, a la sabiduría y a la prudencia. ¿En qué mejores manos estamos que en las de Nuestro Buen Padre?

Que esta Cuaresma marcada por una cruz universal nos traiga un despertar universal a la necesidad de batallar los virus corporales, pero con más fuerza también, los virus del pecado que matan el alma.

Unidos en oración y sacrificios para que cese prontamente el corona virus y para que nosotros le demos la verdadera corona a Cristo y a Su Madre, nuestra sincera conversión de corazón. ,

Madre Adela Galindo, SCTJM
Fundadora